



**bam  
bú**



**Sentir  
los colores**

**M.<sup>a</sup> Carmen  
de la Bandera**

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, S. A.

© 2000, M.<sup>a</sup> Carmen de la Bandera

© 2000, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

[www.editorialbambu.com](http://www.editorialbambu.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de la colección: Miquel Puig

Diseño de la cubierta: Estudio Miquel Puig

Duodécima edición: septiembre de 2011

Primera edición en Editorial Bambú

ISBN: 978-84-8343-158-0

Depósito legal: M-26799-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Anzós, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

Introducción .....	7
1. La derrota .....	9
2. Una pelea .....	15
3. Rodrigo .....	23
4. El partido .....	31
5. Salida con papá .....	42
6. Venganzas personales .....	51
7. El viaje .....	59
8. El delito .....	67
9. El rehén .....	74
10. La copa .....	84
11. La promesa .....	90

## Introducción

Viví una historia parecida a esta no hace mucho tiempo, cuando tenía 12 años. Lo cuento distorsionando los hechos para que cualquier parecido con la realidad sea pura coincidencia. Los nombres son inventados, el único real es el del perro. En cuanto al lenguaje, me he tenido que controlar, puesto que no es lo mismo emplear, en nuestra jerga habitual, expresiones poco correctas que dejarlas plasmadas en una página escrita. ¿Lo entendéis, verdad?

## 1. La derrota

**C**omo siempre que había un partido importante, fue un día de nervios. Cuando todo terminó, más que disgustado, estaba al borde de la depresión. No podía creer el resultado. Casi sin probar bocado en la cena, me metí en la cama con la convicción de que me sería muy difícil conciliar el sueño. En la soledad de mi cuarto y con el auricular metido en la oreja oía la crónica de la jornada: «El Airiños hizo un viaje en el tiempo y recuperó uno de sus momentos más esplendorosos, aquella época en la que acumuló un carro de puntos. El Real Majestic, tras una leve mejoría en las últimas semanas, volvió a mostrarse como un equipo roto, un grupito de futbolistas sin ninguna relevancia, simple títere en manos de un líder que tuvo a su alcance una goleada de magnitudes aún más bochornosa. Su peor defecto es que se despista o se aburre con la rutina».

En estas estaba cuando me interrumpió la voz de mi madre, siempre igual de inoportuna, o al menos así me lo parecía entonces.

–Haz el favor de dejar la radio y dormir, mañana no habrá quien te levante para el colegio.

Siempre el cole. «Vaya un rollo» –pensé–. Obedecí de mala gana. Apagué el aparato y lo metí debajo de la almohada dispuesto a sacarlo en cuanto el sueño se apoderase del resto de la familia. Lobi lloró un poquito desde la terraza, me dio pena y a punto estuve de abrirle para que compartiese habitación conmigo. Así había sido desde que lo trajo mi padre cuando era una bolita de seda, un bebé-cachorro. Ya era grande, demasiado para su edad, y a veces no obedecía. Él solito se ganó el castigo el día que se orinó a los pies de mi cama y dejó una mancha en la alfombra que aún dura. Yo lo perdoné, pero mi madre no olvida.

Cambié la emisora. Todas estaban con el mismo tema. Le echaban la culpa al míster. Yo estaba de acuerdo. «A nadie se le ocurre –decía el comentarista– olvidarse de Petrovich en las últimas semanas y confeccionar un centro del campo netamente destructivo con Holguera y Risondo de pivotes y Sancho como un anómalo interior derecho. Si a eso se añade la presencia de Ruti, otro futbolista que no acostumbra a pegarse a la banda, el resultado es que el Majestic prescindió temerariamente de los costados para intentar cualquier ataque sobre el rival. El centro del campo del Majestic se descompuso por todas partes ante la pujanza de Mario Solves y de un Jimi pletórico ante su exequipo. El propio técnico intentó rectificar sobre la

marcha. Ya era tarde. La goleada comenzó a mascarse en la primera parte...»

Se fue diluyendo la voz, pero mi cabeza estaba llena de imágenes de gloria y de derrota. Allí quedó solo aquel comentarista machacón que parecía gozar con la caída de los dioses.

Hoy me pregunto si no hubiese sido mejor permanecer despierto. Me habría ahorrado la angustia de ver a mi portero favorito, Castilla, deshecho en llanto. Un balón impulsado con mucha picardía se le coló entre las piernas. Los del equipo rival abrazados y en pelotón saltaban celebrando el triunfo. Castilla ocultaba la cara entre las manos. Para un portero de su categoría era un gol humillante. No pudo soportarlo y a la mañana siguiente los periódicos daban la noticia: «El gran portero Castilla acabó con su vida la noche de su más triste derrota».

–Quique, despierta –la voz era del «sargento semana» (mi madre)–. Aunque el día no presagiaba ser muy agradable –temía las burlas y los comentarios de los hinchas del Letimadrid–, agradecí salir de aquel sueño, de aquella pesadilla que me había amargado el poco rato de descanso que me dejó aquel comentarista impresentable.

«El Majéstic volvió a mostrarse como un equipo roto, un grupito de futbolistas sin ninguna relevancia...» Ni di los buenos días. Esas frases tan hirientes, esas imágenes del sueño con mi portero muerto... martilleaban mi mente con despiadada crueldad. «Un grupito de futbolistas sin ninguna relevancia...» ¡Cómo se podía decir aquello sin incurrir en delito de calumnia! La mañana estaba fría, saqué al perro para cumplir la obligación impuesta por toda la

familia. Desde el primer día, incluso antes del momento en que acaricié aquella bolita sedosa, temblona y caliente que se acurrucaba en mis brazos y me miraba con ojitos tiernos pidiéndome que fuese su amo y protector, acepté de buen grado aquel deber como el más delicioso de los trabajos. Era justo que lo cumpliese, nadie en la casa lo quería y, si entró, fue por mi insistencia. Hasta el abuelo se puso severo aquella vez. Con toda solemnidad me hizo firmar un papel en el que él mismo había redactado las normas que tenía que seguir: 1<sup>a</sup> Ocuparme de su aseo. 2<sup>a</sup> Sacarlo a pasear. 3<sup>a</sup> Enseñarle dónde y cuándo debía hacer sus necesidades. 4<sup>a</sup> Evitar las peleas con otros perros. 5<sup>a</sup> Tratarlo con cariño y no fomentar nunca su agresividad.

De las vacunas y el aspecto sanitario se ocuparía él. El nombre, Lobi, también fue idea suya. Quería recordar a uno que tuvo, de joven, allá en el pueblo, cuando se dedicaba a labrar las tierras. Muchas veces me habló de él como un perro valiente, fiel, cariñoso y amante de su amo. La raza de pastor alemán y su parecido con el lobo acabaron por decidirlo.

Las tres primeras cosas que condicionan mi vida son: el Real Majéstic, Lobi y el abuelo. No sabría establecer el orden. Con tanta diligencia cumplo mis obligaciones respecto al perro, que mi madre dice que ojalá pusiese la mitad de empeño en las cosas del colegio. Su frase favorita es: «En lo que le gusta y cuando quiere es responsable». ¡Me ha fastidiado! ¡Y quién no! Al equipo y a Lobi los elegí yo, lo demás me ha sido impuesto. No he pedido ir al cole, aunque, bien mirado, tampoco está bien, en el mundo en que vivi-

mos, ser un zopenco. En eso lleva razón. Lo del Majestic no sé si ha sido libre elección o la influencia del abuelo. Desde pequeño vi que lo seguía con tal entusiasmo que me contagié. Él me regaló la primera camiseta, la primera bufanda. Creo que desde entonces empecé a sentir los colores.

Cuando volví del paseo, mi hermana había dejado libre el cuarto de baño. Es una abusona; con eso de que es chica y es la mayor, se apropia de ese espacio tan vital durante horas. Bueno, a lo mejor exagero y no son horas, pero sí lo suficiente como para hacer temblar a la familia, que nos tenemos que conformar, la mayoría de veces, con el aseo. Desde que tiene novio se ha vuelto más presumida. Mi madre, como mujer, parece que la comprende. Las grandes broncas eran con mi padre, que no entendía esas luchas con el espejo. Desde que él se marchó, las mañanas son más tranquilas, aunque, si digo la verdad, prefería los grandes reproches y las voces, al vacío que siento desde que se fue. Tengo ratos de angustia, tanta, que se me quitan las ganas de comer, y de estudiar... ¡no digamos! La imaginación se me va y pienso en lo que estará haciendo en su nueva vida y si aún me seguirá queriendo. Mamá lo nota y está pendiente por si lloro cuando me voy a la cama, cosa que ocurre con frecuencia. Entra y trata de consolarme: «Hijo mío, son cosas que pasan en las parejas. Tu padre y yo hemos querido que, tanto tu hermana como tú, sufrieseis lo menos posible, pero cuando las cosas no funcionan, lo mejor es que cada uno trate de rehacer su vida. Cuando seas un poco mayor lo comprenderás». Me consta que no habían querido hacernos daño, porque nunca

vimos broncas ni malos tratos. Yo empecé a comprender que algo raro estaba pasando entre ellos. Primero fueron las largas pláticas en su habitación a puerta cerrada. Hablaban bajito. Me habían enseñado que era de mala educación escuchar a través de las puertas, pero mi ansia por conocer lo que pasaba me hacía pegar la oreja por unos instantes, a ver si captaba algo. Poca cosa, solo los llantos de mamá y alguna voz de mi padre tratando de explicar lo inexplicable. Nunca la consolaba. Pronto mi madre se instaló en el cuarto de mi hermana; luego vinieron las ausencias de varios días por parte de papá. A la vuelta yo esperaba algún reproche, alguna discusión... ¡nada! La televisión cubría los espesos silencios de las cenas. El día que, por fin, hizo su maleta, nos llamó a mi hermana y a mí: «Hijos, me marcho de casa. Sois muy jóvenes para explicaros los motivos. Os quiero más que a nada en el mundo pero, a veces, la vida es así de dura. Es una decisión importante que repercute en todos. Vosotros sois las principales víctimas, os pido perdón por el daño que os pueda causar. Es una resolución trascendente, pero sigo siendo vuestro padre para todo». «¡Vaya un consuelo!» –pensé–. «Sigo siendo vuestro padre.» ¡Naturalmente! En ese momento me hubiese agarrado a su cuello suplicándole que no nos abandonase, pero frené mis impulsos y me negué a darle un beso de despedida.

## 2. Una pelea

**E**n cuanto regresé de mis obligaciones con Lobi sonó el teléfono. Era el abuelo. Cuando murió la abuela, vendió su antiguo piso. Decía que le traía demasiados recuerdos y le ponía muy triste. Mamá le propuso venirse a vivir con nosotros; era su única hija y no quería verlo solo. Nuestra casa no es muy grande, pero la solución era ponerle una cama en mi cuarto. A mí no me hubiese importado. Salvando las distancias de la edad, era un tío con buen rollo, con él compartía muchas aficiones, aunque la mayor era nuestra adhesión incondicional al Real Majestic. Yo sabía que no iba a aceptar la propuesta, porque conocía su carácter independiente, así que la solución que tomó fue la más acertada: se compró un piso muy cerca del nuestro. Éramos casi vecinos.

–Quique, no sufras por lo de ayer –me dijo a través del teléfono–, incluso los grandes tienen sus baches, pero

nuestro club tiene madera de campeón y remontará. Queda mucha liga.

–Ya lo sé, abuelo, pero tú no puedes hacerte una idea de lo que va a ser aguantar a los hinchas del Letimadrid.

–No les hagas caso, es pura envidia; no te metas en broncas. Recogeré a Lobi y te esperaremos a la salida de clase.

–De acuerdo, hasta luego.

Colgué el teléfono. Siempre me alegraba verlos a los dos intentando localizarme entre la marabunta que se formaba a la salida del cole. Lobi me saludaba poniendo sus patas delanteras sobre mi pecho y moviendo el rabo con una alegría desbordante. Me hacía cargo de la correa y bajábamos los tres en amor y compañía como lo que éramos: tres amigos que se cuentan los incidentes de la jornada. A partir de los 12 años empecé a sentir, a veces, como una especie de vergüenza porque algunos compañeros, con muy mala intención, me preguntaban que si aún necesitaba niñera.

Antes de salir tuve tiempo de llamar a Carlos, mi mejor amigo. También era del Real Majéstic y estaría tan apesadumbrado como yo.

–Voy a buscarte –le dije–, así llegaremos juntos y aguantaremos mejor el chaparrón.

–De acuerdo. El Pulga me ha llamado, voy a buscarlo. Iremos los tres.

El padre de Carlos era el gerente de una empresa de artículos de deporte, vendía a los mejores clubs y tenía muy buenas amistades con deportistas de todo tipo. Por esta circunstancia conoció al preparador físico del Majéstic y nos prometió buscar la ocasión para llevarnos un día a los en-

trenamientos, entrar en los vestuarios y saludar a nuestros ídolos. Imagínate la ilusión que nos hacía poder verlos de cerca, estrechar su mano, traernos un autógrafo de Renato Carlos, Risondo, Paul... ¡Los mejores futbolistas del mundo! Pero no era eso lo que me unía a Carlos. Entiendo que una amistad no debe estar basada en la pura conveniencia. Seguiría siendo su amigo aunque fuese el más pobre y el más desvalido. Estuvimos juntos en infantil, en primaria nos pusieron en clases separadas y volvimos a coincidir en secundaria. A pesar de mis pocos años, he tenido ocasión de comprobar que un amigo es algo más que un compañero que comparte aficiones, eso también, pero Carlos me animó, me acompañó, aguantó el mal carácter que se me puso cuando se separaron mis padres, y eso no lo olvido. El Pulga se llama Antonio, el alias se lo decimos en plan cariñoso. Es bajito, inquieto y saltarín como una pulga. Se lo puso Andrés, otro de la panda al que, aunque no es mala persona, le gusta poner motes y reírse de los demás. Yo se lo recrimino y le digo que se ponga en la piel de los otros, a ver si le gustaría. Él me dice: «Eres un estrecho, no lo hago con mala intención». No sé, el Pulga dice que no le importa, pero yo creo que, a veces, sufre con nuestras risas.

Aún quedaban quince minutos para la entrada, así que los tres caminábamos lentamente. Estuvimos de acuerdo en llegar justo a la hora para evitar el encuentro con los de la otra banda, que estarían esperando para darnos la vara.

–Tú –le advertí al Pulga–, haz el favor de entrar en clase y no hablar con nadie, si te vas de la lengua la podemos tener. Ya conoces a la banda del Rubio.